

su entrecejo, que habia tomado en aquel negocio una resolucion firme, y por esto cuidó mucho de no hablarle sobre ello absolutamente nada.

Llegó la hora de retirarse; el virey y su esposa se levantaron, repitiendo su promesa al Indiano y á Doña Marina, que los acompañaron hasta la puerta de la calle, atravesando en medio de las dos filas de lacayos que alumbraban. Montaron los vireyes en su carroza, partieron los caballos, y toda la concurrencia del sarao comenzó á retirarse.

La claridad de la mañana comenzaba á esparcirse por las calles de la ciudad, y las golondrinas cantaban alegres sobre los techos de las casas, y Don Diego y Doña Marina habian quedado solos en aquellos salones, poco tiempo antes tan concurridos.

—Señor—dijo Doña Marina—¿te he obedecido? ¿estás contento?

—Sí, Marina.

—Ahora yo soy la que deseo pedirte una gracia.

—Habla, hermosa mia, tus deseos son órdenes de mí: dime qué quieres; mi alma se inclina ante tu voluntad, como ante el soplo de los vientos las hojas del palmero.

—Señor, ¿quieres decirle á tu Marina qué piensas hacer ahora con ese hombre? ¿á qué fin ha sido todo esto?

—Doña Marina—respondió con imperturbable calma el Indiano—ahora voy á matar á ese hombre de una estocada.

—¡Pobre de él! porque cuando tú dices «ese hombre morirá» es seguro que ese hombre muere: hasta hoy nadie puede vanagloriarse de haber desviado de su pecho una sola de tus estocadas; pero no te enojés, alma de mi alma, si yo te pregunto: ¿con qué objeto has hecho en esta noche tales cosas?

XII.

La voluntad de un virey.

EL escándalo provocado por Don Enrique tan inocentemente, no interrumpió, sino por muy poco tiempo la alegría del sarao; los amigos mas íntimos del jóven dejaron para el siguiente dia la explicacion de aquel misterio y la solucion de aquel lance, y se entregaron por aquella noche al placer de la danza, dando treguas á su indignacion, á su dolor y á sus amistosos sentimientos.

El virey quedó profundamente preocupado; habia ya formado su resolucion, y nada hubiera ya podido entonces hacerle retroceder. Meditaba el modo de llevarla á cabo, huyendo por su parte el escándalo, y procurando que cuando llegase á noticia del público estuviera ya ejecutada la providencia, para evitarse los necesarios compromisos que le traerian las súplicas y los llantos de la familia.

La vireina Doña Leonor conocia á fondo el carácter de su marido, y comprendió, por el obstinado fruncimiento de

—Marina mia, tú no conoces á esta sociedad: si yo hubiera matado á ese hombre antes de ponerle en la horrible situacion en que le puse delante de todos, le hubieran compadecido; si él me hubiera muerto á mí, le hubieran ensalzado: ahora, por el contrario, escarnecido, despreciado, reportando la fea nota de mal caballero, y teniendo de mi parte la justicia y la opinion, si yo le mato, «razon tuvo,» dirán todos, y si él me mata á mí, no gozará de gloria en su triunfo, mi venganza saldrá de mi misma tumba, y todos huirán de él como de un infame.

—¡Dios mio! ¿y crees que será capaz de matarte?

—Tal vez; yo tengo confianza en mi brazo; pero quizá haya llegado mi hora fatal: solo Dios conoce el arcano del porvenir.

—Ahora comienzo á arrepentirme de lo que te he ayudado á hacer con ese hombre.

—No te arrepientas, Marina mia, porque ese duelo de todas maneras se habria efectuado, y tú no has hecho sino justificarme ante el mundo si le mato, ó ayudar á su castigo si muero.

Marina inclinó el rostro, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas y fueron á confundirse con los brillantes de su riquísimo collar.

—Marina—exclamó Don Diego besando la frente de la jóven—las mujeres de tu raza no lloran, para no acobardar á un hombre cuando van á entrar en combate. ¿El aire de México hizo ya débil tu corazon?

—Ante la idea sola de perderte, mi corazon gime y se entristece. ¿Dónde encontraré fortaleza si tú me faltas?

—Tu amor será mi defensa: adios.

La jóven volvió á llorar; pero el Indiano depositó en cada uno de aquellos dos hermosos ojos un beso apasionado, y

tomando su sombrero y su capa, salió precipitadamente de la casa.

Don Enrique salió del sarao como un loco; la vergüenza, la cólera, el despecho, se agitaban en su corazon; comprendia que habia sido víctima de una intriga, preparada sin duda por el Indiano, y el deseo de venganza hacia hervir su corazon.

Vagaba por las sombrías y desiertas calles de la ciudad, con el sombrero en la mano y esperando calmar el fuego que devoraba su cerebro con el frio viento de la noche; anhelaba encontrar á álguien con quien trabar una pendencia, para morir ó saciar la sed de sangre que le inflamaba; pero todas las calles estaban desiertas, y anduvo, y anduvo toda la noche, y la luz de la mañana le sorprendió fuera ya de las últimas casas de la ciudad.

Entonces, rendido de cansancio, abrasado por la fiebre, volvió á su casa y se metió en la cama. Habia formado tambien su resolucion: matar al Indiano ó morir; vengarse ó perecer en la demanda.

Cerró los ojos y quedó como privado en su lecho.

En todo aquel dia no pudo ni levantar siquiera la cabeza, ni abrir los ojos; sentia un dolor espantoso en el cráneo, una sed insaciable, una postracion y un cansancio como jamás habia sentido.

Sus ideas en desórden le llevaban unas veces al sarao, otras á la cabalgata del dia de San Hipólito, otras á las rejas de la casa de Doña Ana, y todos los personajes que habian tenido intervencion en estas escenas pasaban ante sus ojos en confuso tropel; y sin embargo, en todos sus semblantes notaba una sonrisa de desprecio.

Don Enrique vivía en la misma casa que su padre, el viejo conde de Torre-Leal; pero Don Enrique tenía allí su habitación independiente, con puerta para la calle, con el objeto de que á cualquiera hora del día ó de la noche, pudiera salir á caballo ó en su carruaje, sin turbar ni inquietar al resto de la familia.

Don Enrique al caer la tarde deliraba; pero se opuso formalmente á que le dieran aviso de su enfermedad á su padre, por no disgustarle, y esperó encontrarse mas aliviado al siguiente día.

Eran las doce de la noche; la ciudad estaba en el mayor silencio, cuando se abrió una de las grandes puertas del palacio y salió por ella un coche de camino tirado por seis mulas y escoltado por varios hombres de á caballo, entre los cuales, á la luz de las hachas que tenían algunos lacayos, pudo distinguirse á un oficial de alabarderos.

El coche salió á la plaza y tomó la dirección de las calles de Ixtapalapa.

El oficial de alabarderos iba por delante y se detuvo frente á la casa de Don Enrique. Iba sin duda muy bien instruido, porque se dirigió no á la entrada principal de la casa del conde de Torre-Leal, sino ante la particular de la habitación de Don Enrique, y llamó. El coche se había detenido también, y cuatro hombres echaron pié á tierra y se acercaron al oficial, que se había también apeado de su caballo.

Despiertos los criados por la enfermedad de su señor, se hicieron esperar muy poco para abrir.

—¿Quién va?—preguntó uno por dentro.

—Oficial de los reales ejércitos de S. M., con recado de S. E. el señor virey para Don Enrique Ruiz de Mendilueta: abrid.

El portero, espantado con aquella relación, abrió inmediatamente.

El oficial, seguido de los hombres que le acompañaban, penetró á la casa.

—Alumbra y guía—dijo á un lacayo:—¿dónde está tu señor?

—En la cama enfermo—contestó el lacayo.

—Pues guíame allá y anúnciale mi llegada.

Hablaba aquel hombre con tal imperio, que el lacayo no se atrevía ni á replicar, y tomando un candil, lo condujo hasta cerca de la pieza en que se hallaba Don Enrique.

—Espéreme su señoría, que voy á anunciarle—dijo.

—No tardes.

Don Enrique dormitaba.

—Señor—dijo el lacayo.

—¿Qué hay?—contestó el jóven abriendo con dificultad los ojos.

—Un oficial desea ver á usía, de parte del señor virey.

—Dile que estoy enfermo.

—Se le ha dicho é insiste.

Don Enrique hizo un gesto de profundo disgusto y contestó:

—Que pase.

El lacayo salió y volvió á entrar á poco seguido del oficial, que examinaba curiosamente la habitación á la escasa y vacilante luz de una lamparilla que servía de veladora al enfermo.

—¿Don Enrique Ruiz de Mendilueta?—dijo.

—Yo soy—contestó el jóven.

—Traigo orden expresa de S. E. el señor virey para que me sigais.

—Es imposible, estoy enfermo.

—Es la voluntad de S. E., y traigo esa orden y debo cumplirla sin excusa.

—Pero S. E. no sabrá que estoy enfermo.

—Todo está previsto, y esa es la voluntad de S. E.

—Pero esto es horrible; no iré.

—Me poneis en duro compromiso, porque esa es la voluntad del virey, y tengo orden de ejecutarla, de grado vuestro ó por fuerza.

—Pues usad de la fuerza—exclamó furioso Don Enrique.

—Tened prudencia; traigo gente en mi compañía, y no creo que queráis comprometer la casa de vuestro anciano padre haciendo armas contra el rey y la justicia.

Los lacayos estaban espantados. Don Enrique habia tomado ya la espada y saltado del lecho; pero despues reflexionó, y dijo con resignacion:

—Os seguiré; permitid que me vista.

—Dueño sois de ello.

—¿Avisaré al señor conde?—dijo uno de los criados.

—No—replicó Don Enrique—no quiero que tenga ese disgusto.

—Y tanto mas—agregó el oficial—cuanto que no tengo orden para permitirlo.

Don Enrique calló y se vistió apresuradamente.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Pues seguidme.

Bajaron las escaleras alumbrados por los lacayos, salieron á la calle, y uno de los hombres que allí esperaban abrió la portezuela del coche.

—Pasad—dijo el oficial á Don Enrique.

—¿Adónde me llevais?—preguntó el joven.

—No hay orden para decíroslo.

—Pero.....

—Es la voluntad de S. E.

Don Enrique entró al coche y tomó asiento; el oficial entró tambien y se colocó á su lado.

La portezuela se cerró, y las mulas arrastrando al carruaje echaron á caminar.

Los criados lloraban en la puerta de la casa mirando partir á su amo.

Don Enrique se recostó en uno de los ángulos del carruaje y comenzó á delirar: creia estar soñando.

El oficial escuchaba aquel delirio en profundo silencio.

Así salieron de la ciudad por el lado de Ixtapalapa.